



CONJETURAS SOBRE LA PROXIMA GUERRA

POR B. H. LIDDELL HART
(EXCLUSIVO PARA «MUNDO HISPÁNICO»)

El progreso de la aviación, las bombas volantes y la bomba atómica harán de la próxima guerra una guerra total. Una guerra que no afectará tan sólo a los ejércitos beligerantes, sino que alcanzará también, directamente, a la población civil. El prestigioso crítico militar inglés Liddell Hart, mundialmente conocido, trata en este trabajo, entre otras cosas, de la necesidad de llegar a un acuerdo sobre la limitación de la guerra: limitación del empleo de las nuevas y mortíferas armas, para dejarlo estrictamente reducido a los frentes de batalla y, en la retaguardia, a los objetivos militares.

Los escritos de Clausewitz estaban llenos de pensamientos profundos; pero lo eran demasiado para casi todos sus lectores militares, que tendieron a posesionarse de las frases más cortantes que aparecían en la superficie, sin consideración para lo que más abstrusamente exponía y sin adentrarse lo suficiente para abarcar la verdadera tendencia de su pensamiento (que a menudo se movía en sentido contrario al de la corriente de superficie). Este giro contrario puede hallarse cimentando la idea que tuvo los más fatales efectos: la de la guerra «absoluta». En subsiguientes generaciones, soldados y estadistas han seguido ciegamente el principio ilimitado sugerido en su sorprendente premisa: «Introducir en la filosofía de la guerra una máxima de moderación sería absurdo. La guerra es un acto de violencia proseguido hasta el extremo.» Interpretando mal este rumbo metafísico de argumentación, pasaron por alto su explicación de que, «razonando en abstracto, la mente no puede detenerse cerca de un extremo», y no pararon mientes en su advertencia de que «todo toma diferente forma cuando pasamos de lo abstracto a la realidad». Y, lo que es peor todavía, no hicieron caso de su deducción de que si la guerra se prosiguiese hasta el extremo lógico, «los medios perderían toda relación con el fin, y en la mayoría de los casos este objetivo de extremo esfuerzo quedaría maltrecho por el peso contrario de fuerzas dentro del mismo». Los esfuerzos ilimitados llevan a naciones victoriosas al estado de autoagotamiento y autofrustración. Porque tan desmedido gasto de recursos materiales y de energía moral está muy expuesto a ocasionar la bancarrota de la política y la pérdida de toda buena perspectiva basada en la paz. Llevan a las guerras los impulsos primitivos de una plebe enardecida, apartando brutalmente a un lado las calidades de estadista.

La idea del esfuerzo ilimitado se unió a la de propósito ilimitado, de victoria absoluta. También aquí, los discípulos de Clausewitz se extraviaron con su argumento de que «en teoría, el completo desarme o vencimiento del adversario ha de ser siempre la finalidad de la guerra». Afectados por esta sencillez lógica, convirtieron un punto teórico en dogma. No supieron atender a su modificativo comentario de que tal victoria absoluta «se logra rara vez en la práctica y no es condición necesaria para la paz». Mediante ciega creencia en ese dogma y uso implacable de todos los recursos posibles, se ha logrado desde entonces en la práctica más frecuentemente..., pero con completa desconsideración por las consecuencias, sobre todo el des-

tractor efecto sobre el subsiguiente estado de paz.

La difusión de la fama de Clausewitz debió mucho al hecho de que—y esto fué fatal para la Humanidad—uno de sus discípulos, Moltke, se convirtió en el director de las triunfantes campañas prusianas de 1866 y 1870; ocasiones en que la victoria se obtuvo rápidamente y la paz no se hizo muy difícil. Esa doctrina, aceptada sin comprenderla, influyó mucho en los orígenes y la índole de la primera Guerra Mundial. De ésta condujo, muy lógicamente, a la segunda, que—ahora puede verse—fué la natural secuela de las condiciones económicas y psicológicas producidas por el primer conflicto.

Otro factor fatal, estrechamente unido a los trabajos de Clausewitz, fué la perpetuación del reclutamiento obligatorio. La ley del ejército prusiano, adoptada poco después de la caída de Napoleón, se basaba en la norma de reclutamiento de todos los hombres de diecisiete a cincuenta años. Aunque el sistema no tuvo plena aplicación en la práctica, quedó para lo sucesivo establecido como principio.

El crecimiento del sistema se alimentó con las experiencias de la guerra civil norteamericana, donde ambos bandos recurrieron al alistamiento forzoso. Luego, en 1870, vino la victoria de las tropas prusianas, de corto servicio, sobre las tropas francesas, de largo servicio, donde el reclutamiento forzoso no se había introducido sino muy recientemente, y eso en forma parcial, como medida complementaria. Ese obvio contraste echó más peso en la decisión del mundo que todos los demás factores que inclinaban la balanza contra Francia.

La transición se realizó parte en el transcurso y parte como consecuencia de la siguiente Gran Guerra, la de 1914-1918. Aquí, la maquinaria de movilización de las masas de reclutas demostró ser un factor fatal en apresurar el conflicto, ya que el dramático llamamiento de los hombres de las diversas naciones, arrancándoles de sus trabajos civiles, produjo un estado de excitación y perturbación que perjudicó los esfuerzos diplomáticos para evitar la contienda. Como recalca el Canciller alemán—con mayor y más profunda verdad de lo que él mismo creía—, «la movilización significa inevitablemente la guerra». Una vez que estalló el conflicto, fué mostrando las características anunciadas por el rumbo de ideas del siglo anterior, y produjo en las normas de la conducta civilizada una degeneración que en muchos aspectos fué peor que la marcada por las guerras revolucionario-napoleónicas.

Un importante mojón de esta «gran degeneración» surgía cincuenta años antes de 1914, en la guerra civil americana. Este conflicto fué, en muchos aspectos, el prototipo de la moderna «guerra total». La devastación de Georgia por Sherman y del valle de Shenandoah por Sheridan se encaminaban a minar la resistencia de los ejércitos confederados mediante la destrucción de sus hogares, así como de sus fuentes de suministro. Estas operaciones «anticiviles» resultaron ser más eficaces que la devastación que Marlborough produjo en Baviera, pues fueron decisivas en producir el colapso de la Confederación.

La guerra francoalemana de 1870-1871 se caracterizó por varios bombardeos terrestres de ciudades, no meramente de los fuertes que las defendían.

Otro escalón hacia la inhumanidad fué el representado por la guerra sudáfricana. En aquella ocasión, la captura de las capitales de las dos repúblicas boers no consiguió poner fin a la guerra, como se esperaba, a causa principalmente de la petición británica de que tendrían que rendir su independencia. Tal demanda se desviaba de lo habitual en conflictos entre naciones de origen europeo, y su totalidad de objetivo puede considerarse como la inauguración de la «guerra total». Los boers recurrieron entonces a la guerra de guerrillas. Después de intentar en vano durante varios meses sentarles la mano por los procedimientos habituales, Kitchener adoptó el plan de asolar el país, quemando las granjas de los boers y llevándose a sus mujeres e hijos a campos de concentración, donde, según cálculos, perecieron 25,000. Esto dejó una herencia de amarguras que el posterior trato generoso que se dió a los vencidos no consiguió borrar del todo.

El declive de la conducta civilizada se hizo más marcado durante el conflicto mundial de 1914-18. Hubo un atroz aumento de brutalidad para con heridos y prisioneros; cuentos muy exagerados de «salvajadas» produjeron, a su vez, una tendencia a no dar cuartel; los saqueos se hicieron rabiosos; edificios históricos y otros tesoros de la civilización quedaban expuestos a la destrucción, a la más ligera demanda de necesidad militar; y las normas de guerra ideadas para proteger a la población civil fueron toscamente violadas en muchos sentidos. La propaganda «de odio» multiplicó todos esos males. En el decenio anterior a la guerra, la Prensa popular había desarrollado creciente tendencia a satisfacer el apetito del público por lo sensacional, y ahora, en época de guerra, se aplicaba esa técnica para azuzar las pasiones. El proceso llegó a los límites del absurdo cuando el «pa-

triotismo» impuso el «destierro» de la literatura y la música de países «enemigos». Nada ilustra más claramente la degeneración de la civilización que comparar estas modernas perversiones con la actitud que prevalecía inclusive en las guerras napoleónicas; por ejemplo, las cortesías que se cambiaban entre los ejércitos, la medida de libertad y simpatía otorgadas a los prisioneros y el modo en que artes y ciencias eran consideradas como «por encima de las batallas». En lo más enconado de aquella encarnizada lucha se permitió a hombres de ciencia ingleses viajar libremente por el continente, siendo hospitalariamente recibidos por sus colegas franceses.

Más influencias a favor del mal se originaron con la aparición de nuevas armas que no encajaban en el antiguo código guerrero y tendían así a producir en éste nuevas grietas. Ejemplos: el submarino y los gases asfixiantes.

Pero más daños a la civilización y a las perspectivas futuras produjeron los adversarios de Alemania con su modo de entender y practicar—con menor comprensión todavía que ese país—la teoría de guerra ilimitada que a ella extravió. Esto quedó patente, sobre todo, al dar a la práctica del bloqueo una extensión sin límites y al proclamar como objetivo de guerra la absoluta destrucción del poderío alemán.

El ilimitado «bloqueo de inanición» resultó factor decisivo en el colapso de Alemania y Austria. Pero fué esencialmente un método inhumano de guerra, ya que a quienes hacía el máximo daño era a los no combatientes, especialmente a los débiles y ancianos, y trabajaba por minar la resistencia de los ejércitos adversarios infligiendo la miseria a sus familias. De este modo, se reprodujeron en mayor escala los métodos de Sherman y Sheridan en la guerra civil norteamericana y de Kitchener en la guerra boer. «Los medios estaban justificados por el fin», en el inmediato sentido práctico de lograr el objetivo bélico, pero no en el más grande sentido del objetivo de paz. No sólo quedó empobrecido, sino envenenado el suelo en el que había de replantarse la paz.

El crecimiento de la guerra aérea ha sido terrorífico, lo mismo que la brutal desconsideración por todo factor humano en los bombardeos desde el aire. Esto ha producido un área de devastaciones—y en ciertas partes, una degradación de las condiciones de vida—que no se conocían desde el final de la Guerra de los Treinta Años.

Refiriéndonos a las operaciones aéreas alemanas durante las primeras fases de la guerra, cuando los germanos gozaban de gran superioridad de fuerza de bombardeo, hay que reconocer que se atuvieron estrictamente a las condiciones de su teoría y de su propuesta de anteguerra. El bombardeo de Varsovia y Rotterdam horrorizó al mundo (que más tarde había de habituarse a tales matanzas aéreas); pero esa acción no se efectuó hasta que las tropas germanas se abrían paso, luchando, al interior de estas ciudades, lo cual concordaba con las antiguas normas de bombardeo de plaza sitiada, así como con la definición de 1935-36.

La desviación alemana de este código difícilmente podría fecharse antes de septiembre de 1940, cuando se desencadenó el bombardeo nocturno de Londres, a continuación de seis sucesivos ataques contra Berlín durante los quince días anteriores. Así, pues, los alemanes estaban estrictamente justificados al describir su bombardeo como represalia, sobre todo teniendo en cuenta que ellos habían anunciado (antes de nuestro sexto ataque a Berlín) que emprenderían tal acción si nosotros no interrumpíamos nuestros bombardeos nocturnos de la capital germana. Además, hay que confesar también que, pese a su abrumadora superioridad de bombardeos, fueron ellos quienes tomaron la iniciativa pocas semanas después para proponer un acuerdo mutuo que pusiera límites a tales bombardeos urbanos. Y, además, en varias ocasiones interrumpieron sus ataques en cuanto observaban una pausa en las incursiones inglesas (mucho menos dañinas), demostrando así su deseo de una tregua en aquella competición de bombardeos. Estas tendencias hacen resaltar, no el «humanitarismo» alemán, sino su realismo a largo plazo. Esto está de acuerdo con lo que la Historia nos enseña de que una potencia agresiva calculadora suele medir más las consecuencias de no hacer caso de restricciones que las naciones que han de afrontar la agresión. Esa tendencia calculadora está de acuerdo con el proverbio que reza: «Un ladrón no asesina si no se ve acorralado.» Saquen provecho de esta enseñanza los serenos adversarios de la agresión.

En la última guerra, por contraste, se desarrolló en Gran Bretaña enorme presión de la opinión técnica y pública favorable a prescindir de las tácticas restricciones de bombardeo que se observaron por ambos bandos beligerantes durante los primeros meses. Existía un ávido deseo de hallar una disculpa, o inclusive de provocar una ocasión, para poner a prueba la teoría aérea inglesa de destruir las fuentes de producción bélica del adversario. El esfuerzo se inició casi inmediatamente

te después que la ofensiva del ejército alemán en el Oeste comenzara en mayo de 1940, y fué continuado y ampliado tras el colapso de Francia. El modo como se describió—«plan maestro» («master plan») expresaba los cálculos absurdamente optimistas de quienes lo concibieron. Vista la pequeña escala de las fuerzas bombarderas británicas, era, en verdad, algo así como tirar guijarros para provocar al enemigo a replicar con peñascos. Su principal resultado fué apresurar el «blitz» sobre las propias ciudades inglesas, con daños desproporcionadamente mayores en su producción bélica. Dadas las circunstancias del momento, no podía representar cosa mejor que una forma de suicidio lento, del que tuvo la fortuna de salvarse gracias a la decisión de Hitler de invadir Rusia, en vez de concentrar los recursos de Alemania para crear una fuerza bombardera suficiente para liquidar a Gran Bretaña. Aquel cambio de dirección del esfuerzo germano proporcionó a Gran Bretaña el respiro que necesitaba para ampliar su propia fuerza de bombarderos de dimensiones superiores. Así y todo, las sucesivas provisiones de su decisivo efecto en quebrantar la producción bélica alemana fueron otras tantas veces desmentidas por los hechos, aunque el tonelaje de bombas se multiplicaba año tras año y aunque los bombardeos de precisión se abandonaron a favor del aplastamiento al por mayor de ciudades, mediante altos explosivos y cuerpos incendiarios.

Si bien esa estrategia de devastación desde el aire quedaba dentro de las directrices naturales derivadas de la estrategia tradicional británica, acarreó un peligro mucho mayor a la civilización por cuya defensa luchaba. La estrategia de tipo naval que Inglaterra había practicado durante los conflictos armados de los siglos XVI, XVII y XVIII era inherentemente más «bárbara» que la estrategia de tipo militar habitual en Clausewitz y en el continente, porque buscaba subyugar la voluntad de la nación oponente infligiendo daños a sus medios de vida, más bien que venciendo a sus ejércitos. Así, en cierto sentido, apuntaba más directamente contra la comunidad civil. Al mismo tiempo, su efecto se modificaba de dos maneras importantes: la primera la constituían las naturales limitaciones de la presión naval, comparada con el omnimodo alcance de la potencia destructiva de la aviación; la segunda era la prudencia de los fines bélicos de Gran Bretaña. Esta solía prestarse gustosamente a aceptar una base de paz negociada cuando el enemigo se había cansado de la guerra. Excepto en el conflicto contra Napoleón, Inglaterra no prosiguió la lucha hasta el fin, fin que tiene muchas probabilidades de representar no solamente el agotamiento de las fuerzas oponentes, sino el mutuo agotamiento de la facultad de reconstruir la paz. Inclusive en la guerra contra Napoleón, los estadistas británicos cuidaron de asegurar que los términos de paz con el pueblo francés fuesen lo bastante moderados para prometer una paz duradera.

Es la combinación de un objetivo ilimitado con un método ilimitado (la adopción de petición de rendirse incondicionalmente, junto con una estrategia de bloqueo total y devastaciones por bombardeo), lo que en esta guerra última ha producido inevitablemente un hondo peligro para los cimientos relativamente superficiales de la vida civilizada. Sus amargos frutos ya están cosechándose en los países que han sufrido este proceso de liberación por la devastación. Todavía están por ver los resultados que para Europa tendrá el redimir a Alemania tan terrible estado, comparable inclusive al que se produjo con la Guerra de los Treinta Años.

En las circunstancias de esta pasada guerra nos era difícil evitar el llevar esos medios hasta el extremo, si consideráramos como nuestro propósito la rendición incondicional de las potencias adversarias. Pero eso no altera el hecho de que esta política implicó el paradójico rumbo de buscar la conservación de la civilización europea mediante la práctica de los más incivilizados medios de hacer la guerra que el mundo haya conocido desde las devastaciones mogolas.

El futuro será modelado por el pasado. La mejor promesa para el futuro estriba en el entendimiento y en la aplicación de las lecciones del pasado. Por tal razón, al tratar de los problemas creados por la última guerra, se obtendrá mayor claridad examinando en conjunto la evolución de la revolución bélica que fijándose solamente en las apariencias del momento. Si llegamos a comprender cómo se forjaron las condiciones de esta guerra, se tendrán mayores posibilidades de evitar otra aún más mortífera.

El problema, como una moneda, tiene dos lados: la «cara» es la evitación de la guerra; la «cruz» es la limitación de la misma. Si la experiencia nos ha enseñado algo, debemos comprender ahora los peligros de concentrar nuestros esfuerzos únicamente en una política perfeccionista de evitar la guerra, mientras se descuida la necesidad práctica, si tal política fracasa, de limitar la guerra, de forma que no se destruyan las pers-



pectivas de la paz subsiguiente. Porque ninguna nación va a la guerra, ofensiva o defensiva, sin el convencimiento de que, a su término, se obtendrán mejores condiciones de paz. Que estas esperanzas raramente se cumplan es debido a la ignorancia y a las pasiones desatadas, y estas condiciones fatales se darán más acentuadas en aquella parte que fuese obligada a ir a una guerra de autodefensa. Son las naciones pacíficas, por encima de todo, las que necesitan aprender que la moderación en la guerra es la mejor garantía para la paz posterior.

Aunque la violencia estimula la violencia, puede actuar también como antídoto de aquélla. La experiencia lo ha demostrado así. Hoy, el hecho de que el mundo haya sufrido gravemente por la plaga de la guerra dos veces en una misma generación, puede aumentar los efectos contrarios (?). Además de la aversión a la guerra, hay otros factores psicológicos importantes que pueden contribuir a crear condiciones favorables para un renovado período de limitación. La multiplicación de las máquinas ha acabado con el romanticismo de la guerra al disminuir el valor de las cualidades humanas. El valor y la habilidad son ya quizá de poca importancia frente a la superioridad del material. El avión de bombardeo ha ampliado el efecto deshumanizador de la artillería; la bomba volante y la de propulsión lo han hecho aún más. Estas armas automáticas pueden acabar con la idea de que la victoria en la guerra prueba la virilidad y la virtud de un pueblo. Han reducido a los hombres a poco menos que a conejos de Indias en un laboratorio de experimentación...

El desarrollo de las bombas volantes y de propulsión pueden tener a este respecto más efecto que todos los argumentos para la libertad. En el futuro, la calidad de los hombres de ciencia puede decidir más que cualquier masa de infantería, reduciendo hasta lo absurdo el valor cuantitativo del número humano. Tal revolución en los métodos de guerra hace su limitación más urgente, a la vez que más práctica.

Nada podría reforzar mejor los anteriores argumentos que la aparición en la guerra de la bomba atómica en agosto de 1945. El uso de la bomba atómica fué seguido de un tan rápido hundimiento de la resistencia del Japón, que su efecto decisivo a duras penas puede ser discutido.

Es de admitir que puede encontrarse un antídoto para la bomba atómica, mediante una nueva aplicación defensiva del radar; pero es difícil intuir cómo ese antídoto podría emplearse antes de que comenzasen las hostilidades. El primer ataque con bombas atómicas podría realizarse con aviones comerciales o con proyectiles de propulsión, antes de hacerse la declaración de guerra. Debe recordarse que al Port Arthur de 1904 siguió el Pearl Harbour de 1941, y no debemos desestimar la posibilidad de que haya un tercer caso en esta serie.

Teniendo en cuenta estas posibilidades, parecería que las vidas de todos los pueblos habrían de desarrollarse bajo el temor permanente a ser «atomizados» sin previo aviso.

Una atenuación del peligro podría asegurarse mediante un acuerdo internacional para aplicar el principio del desarme cualitativo y organizando el necesario sistema de supervisión mundial en este campo.

La guerra, tal como la hemos conocido en los últimos treinta años, no es compatible con la edad atómica.

Si una de las partes posee la bomba atómica y la otra no, es absurda la resistencia. En este caso, parece que la guerra tendería a desaparecer. La resistencia se transformaría entonces en algo invisible o pasivo, o más bien en guerra de guerrillas. Incluso en la era de la guerra mecanizada, la resistencia en campo abierto no ha servido más que como gesto heroico de los pequeños países que no poseían potencia mecanizada. Todos los sacrificios de tiempo y dinero para sostener a sus fuerzas armadas y el sistema de reclutamiento forzoso fueron cosa perdida. Su única resistencia eficiente empezó cuando sus ejércitos fueron derrotados.

Pero si ambos beligerantes poseyesen la bomba atómica, la «guerra total» será igualmente un absurdo. La guerra total significa que el fin, el esfuerzo y el grado de violencia son ilimitados. La victoria se busca sin pensar en las consecuencias. En los caóticos tiempos que han seguido a la segunda guerra mundial, empezamos a comprender que la falta de prudentes limitaciones ha malogrado nuestros propósitos. El esfuerzo no sólo nos ha dejado empobrecidos, sino entretados con problemas aún más graves que antes. Una guerra ilimitada, realizada con energía atómica, sería algo peor que una tontería: sería un suicidio mutuo.

Esa conclusión no quiere decir necesariamente que la guerra desaparecerá totalmente. Pero, a menos que los jefes beligerantes estuviesen locos, es probable que cualquier guerra futura sea menos despiadada y esté más ajustada a reglas mutuamente convenidas.